EL ESPAÑOL EN EL MARCO DE LAS LENGUAS DE EUROPA Y LA BÚSQUEDA DE UNA LENGUA COMÚN

RAFAEL DEL MORAL

Universidad de Virginia

Los profesores de la AEPE hablamos español con acento tan variado, tan curtido en todas las versiones, tan elegante en sus rasgos regionales que no ponemos inconveniente en dar por buena cualquier articulación que nos permita entender el mensaje. Lo encontramos agradablemente exótico, auditivamente atractivo, sintácticamente tan correcto. Esa variedad de acentos es el resultado de un dominio inmenso que se extiende por los cinco continentes.

El objetivo de esta comunicación es describir y después valorar el lugar que ocupa la lengua española, en cuanto a su utilidad, en relación con las otras lenguas de Europa.

Nos remontamos a la antigüedad para recordar que fue el dios de la Biblia, Yahvé todopoderoso, quien envió el castigo y confundió las lenguas para frustrar la construcción de la torre que había de alcanzar el cielo. Podría haberles mandado una epidemia, ahogarlos con las aguas de un diluvio, enterrarlos con la lava de un volcán o convertirlos en estatuas de sal, pero no, les mandó algo peor: evitó que se entendieran.

Desde entonces sabemos que una lengua común garantiza la unidad. Para el imperio Han fue el chino, para el romano, el latín. En el islam, el árabe. En la España imperial echó raíces el castellano, si bien en la Edad Media había tenido más prestigio en gallego, y los colonizadores franceses llevaron el francés, y no el provenzal, por el mundo. Para la Unión Soviética sirvió el ruso y los Estados Unidos de América tuvieron como lengua de unificación, sin que nadie lo impusiera, el inglés.

En ninguno de estos escenarios que pasaron de la babelización a la unificación se dictaron leyes coercitivas. Los hablantes se acercaron al latín o al árabe, al francés o al español, guiados por la necesidad de entendimiento, por la naturalidad con que la humanidad ha dejado una lengua y elegido otra en busca del mejor instrumento de comunicación, del más útil.

1. SITUACIÓN LINGÜÍSTICA DE EUROPA

La Unión Europea, moderno imperio babelizado, no tiene lengua unificadora. ¿Podría tener alguna? ¿Habría que imponerla? ¿Podría servir el latín o acaso el esperanto?

En Europa se hablan unas sesenta lenguas. Algunas tan recatadas como el bretón, otras tan soberbias como el inglés, y otras tan difíciles de contabilizar como el aragonés, el aranés o el castúo. Todas pertenecen de la misma familia, la indoeuropea, excepto unas pocas, entre ellas el vasco, el húngaro, el finés y el estonio.

En Europa se inscriben cincuenta países, algunos tan menudos como Luxemburgo, otros tan vastos como Rusia; y otros tan de dudoso europeísmo como Turquía, Armenia o Azerbaiyán.

En Europa viven con suficiencia, sobreviven o malviven setecientos cincuenta millones de hablantes, la décima parte de la población mundial.

Nuestro continente pende de un pasado turbulento de guerras injustas, de batallas crueles, de insidias y ultrajes, de victorias y derrotas donde unos patriotas aniquilaron a otros patriotas, pero del país vecino. No podemos evitar ese ardor huraño que incentiva la singularidad de los nuestros mientras desatiende todo aquello que pertenece a los otros, y desprecia o menosprecia la integración. Aquellas luchas dibujaron las actuales fronteras, y no otras, y las lenguas entraron a veces en territorios donde no habían tenido su origen, y modificaron los usos.

Las personas luchamos por la igualdad, defendemos los derechos, buscamos soluciones a los desequilibrios que la naturaleza, sin consulta alguna, nos pone en las manos, pero las lenguas no. Las lenguas no son personas, son instrumentos al servicio de las personas y no disponen de derechos en sí mismas ni tampoco de obligaciones. Lo mismo sucede con las ideologías, con el pensamiento o con la ciencia. Son elementos al servicio del hombre. Ni el rusófono Nabokov lamentó escribir su obra en inglés ni al catalanófono Juan Goytisolo le importó hacerla en castellano. Ambos se sintieron, muy al contrario, satisfechos con la elección.

Nadie debe, sin embargo, ser humillado por su lengua, por su acento o por su estilo. Todos los hablantes del mundo usan la lengua que han aprendido de la misma manera que se alimentan de lo que tienen a su alcance. Y si tienen una lengua más útil o una alimentación más beneficiosa a su alcance no dudan en apropiársela. Recientemente La Academia, en un gesto que la honra, ha aceptado palabras tan

frecuentes en boca de algunos españoles como *haiga*, *almóndiga*, *toballa* o *murciégalo*, aunque no recomiende su uso. Nos hemos acostumbrado a no humillar a nadie por su condición social, aunque todavía nos cuesta evitar la desconsideración hacia quien a nuestro parecer no pronuncia como pensamos que debería de hacerlo o no utiliza las palabras que nos gustaría usar.

El sobrenombre del actual alcalde de Cádiz, Kichi, procede de una metástasis popular, de chiquito o chiquitillo, Chiqui, Quichi o Kichi, es decir, lo que consideraríamos un vulgarismo como *me se* en lugar de *se me* en expresiones como *Me se ha roto el teléfono.*

Todas las lenguas ostentan, en boca de los individuos, la misma categoría, todas las hablas merecen, en boca de los individuos, la misma consideración, si bien no todas las lenguas prestan los mismos servicios.

Hemos llegado al siglo XXI con los atuendos lingüísticos que conocemos y no de otra manera más romántica o deseada. Es imposible responsabilizar a nadie de la muerte del dálmata de Dalmacia o del manés de la isla de Man, y tampoco tachar de imperialistas a los serbocroatas o los ingleses por eclipsar al dálmata y al manés y propiciarles la desaparición. A nadie le agrada que desaparezcan, pero sus hablantes las dejan de usar porque los cambios de lenguas se producen sin que los hablantes puedan tomar decisiones individuales. Los cambios se deben a una progresión social en busca del instrumento útil. Nadie elige la lengua propia, si entendemos por propia la que se aprende o las que obligatoriamente se instalan en la primera infancia. Frente a la lengua propia, la adquirida es la que se añade mediante un uso o estudio específico.

Ningún hablante elige su lengua o sus lenguas. A veces con una sola lengua cubren las necesidades comunicativas. A estos los llamamos monolingües. En otras ocasiones un hablante monolingüe necesita añadir otra lengua para completar sus necesidades comunicativas. Son los hablantes bilingües. En otras ocasiones el hablante necesita desde la infancia dos lenguas, a estos los llamamos ambilingües. Son ambilingües quienes reciben en familia una lengua que no cubre las necesidades del entorno y deben añadir otra, y también los hijos de progenitores de lenguas maternas distintas.

Son *monolingües* los anglófonos de las Islas Británicas, sobre todo, y también los hablantes de español, francés, portugués, italiano, alemán y ruso.



Para el londinense, la lengua familiar coincide con la nacional, la internacional y la vehicular. Solo necesita una. No sienten la necesidad de ser diestros en lenguas extranjeras, y ni siquiera torpes. Ni las conocen, ni desean conocerlas. Para los anglófonos el estudio de una lengua extranjera es una decisión exótica. Ya se encargan los demás de aprender inglés. Gozan con una sola lengua de la mayor capacidad comunicativa de historia gracias a su expansión por el mundo como lengua vehicular.

Las lenguas vehiculares aparecen con espontaneidad cada vez que una comunidad plurilingüe las necesita. Así se erigió el griego por el Mediterráneo, el suajili por el centro de África, y ahora el inglés por el mundo. Nadie lo ha autorizado, ni le ha otorgado privilegio, ni lo ha señalado como útil, pero al mismo tiempo lo hacemos todos, que es lo que suele suceder con los cambios lingüísticos.

Para hispanófonos, francófonos, italianófonos, lusófonos, rusófonos y germanófonos el inglés es una lengua complemento, pero no absolutamente necesaria. Ni la hablan y usan de manera generalizada ni necesitan hacerlo.

Una noticia reciente titulaba así su información: *España, el segundo peor país de Europa en nivel de inglés*. El periodista se equivoca. Los hispanohablantes tenemos una lengua que cubre ampliamente nuestras necesidades de comunicación. Debería haber titulado así: *España, el segundo país de Europa que menos inglés necesita*. El español es lengua internacional y universal, y tan cargada de tradición que satisface ampliamente las necesidades de sus hablantes. Es conocida la unánime demanda por estudiar inglés, pero también español, francés, alemán, italiano, portugués y ruso. Y lo poco internacionales que resultan el resto de lenguas europeas.



Son *bilingües* en distintos grados de destreza los europeos que heredan el polaco, el checo, el húngaro, el rumano, el serbocroata, el búlgaro, el albanés o el griego, entre otras. Todos ellos necesitan un amplio conocimiento de inglés para cubrir sus necesidades, entre otras las de formación. Buena parte de su acceso a la cultura deben hacerlo en inglés porque la tradición científica en sus lenguas y las traducciones resultan insuficientes. Y también porque el acceso diario a muchos

tipos de información condiciona que se conozca. Por eso en sus universidades no se toman a broma la asignatura como en España o en Francia.

Mayor grado de destreza anglófona muestran los hablantes de noruego, sueco o danés. Para ellos el inglés es, en su integridad, la lengua de ampliación cultural. De la misma manera que el ruso para bielorrusos y ucranianos, letones y lituanos, que en los últimos años hacen serios esfuerzos para remplazarlo por el inglés.

En Minsk, capital de Bielorrusia, se ofrecen las clases a los estudiantes de enseñanza media en ruso con apoyo de la lengua nacional, y en bielorruso con apoyo de ruso. Las familias, conscientes del futuro de sus hijos, las eligen mayoritariamente en ruso.



El tercer tipo de hablante es el *ambilingüe*. Los ambilingües heredan dos lenguas, ambas necesarias para la comunicación. Se distinguen de los bilingües porque desarrollan, de manera natural, el mismo nivel de competencia. Tienen, por tanto, dos lenguas propias. Para monolingües y bilingües, sin embargo, la lengua propia es una.

El ambilingüismo no es una moda contemporánea, sino una transición obligatoria en los cambios lingüísticos. Cuando los romanos se propusieron, y luego consiguieron, hacer de Hispania una provincia más de su imperio, se instalaron en un territorio que fue primero ambilingüe íbero-latino, y luego los hablantes se quedaron con la lengua más útil y fueron olvidando el íbero hasta su desaparición.

La lengua condicionada sufre un proceso de arrinconamiento más o menos relegado que ha de acabar con su desaparición. Así está sucediendo, por ejemplo, con el labortano y el suletino, lenguas vascas habladas en el sur de Francia y preparadas para su extinción porque sus hablantes prefieren convivir, sin remilgos, en francés, que es la lengua útil. En las variedades vascas hispanas, los dirigentes políticos, sin embargo, parecen mostrar mayor arraigo a la lengua de sus antepasados con independencia de la universalidad, de la utilidad o de otros principios que siempre han inspirado a los pueblos.

Los europeos que heredan en familia la lengua bretona, o el calabrés o el catalán, necesitan, espero que ustedes me entiendan, una lengua más. Y no la pueden elegir. Es también lengua propia de hecho y por derecho.

Pero queda aún el tercer idioma, el inglés. A pesar de que Estados Unidos, el país imperial del siglo XXI, suscita, como todos los poderosos, grandes desprecios, y también el Reino Unido, no por eso, ni por la salida de la Unión Europea, la humanidad repudia a la lengua anglosajona. Ni los países enfrentados con Norteamérica, ni los de la Unión Europea, agraviados con los británicos, desprecian el uso del inglés, tal vez ni siquiera piensan en su origen cuando lo usan como un utilísimo instrumento para el entendimiento.

Sorprende que algunas lenguas de tradición familiar sean elegidas como vehiculares mediante imposición, algo contrario a las leyes naturales del desarrollo de las lenguas.

¿Cómo entendernos desde el respeto a todas las lenguas o con la selección de una o alguna de ellas?

2. LA POLÍTICA LINGÜÍSTICA DE LA UNIÓN EUROPEA

En nuestra época, y por primera vez en la historia de los pueblos, un nuevo proyecto-estado, versión moderna de los antiguos imperios, busca la unidad en la diversidad. Y esta vez no lo acompaña un ejército, sino medios pacíficos y magnánimos protegidos por principios de igualdad.

Los arquitectos de la Unión Europea, tan carentes de armamento como armados de principios solidarios, apuestan por la unidad en la diversidad. Países como India, más rico que Europa en etnias y hablas, y también en habitantes, tiene al hindi y al inglés como lenguas nacionales y eso a pesar de que la tendencia es el reconocimiento regional de muchas más.

En la Unión Europea el punto de partida es el respeto. El artículo veintidós de la *Carta de los Derechos Fundamentales*, adoptada en el año 2000, declara la diversidad lingüística; y el veintiuno prohíbe la discriminación. El principio se aplica igualmente a las lenguas regionales y minoritarias.

En diciembre de 2007 los Estados miembros de la UE firmaron el *Tratado de Lisboa* por el que los Jefes de Estado o de Gobierno se comprometían a respetar el patrimonio de la diversidad cultural y lingüística, y a velar por la conservación y el desarrollo del patrimonio cultural europeo.

Cada estado miembro estipula, en la adhesión, el idioma o los idiomas que desea se declaren lenguas oficiales. Las lenguas actuales son veinticuatro: alemán, búlgaro, castellano, checo, danés, eslovaco, esloveno, estonio, finés, francés, griego, húngaro, inglés, irlandés, italiano, letón, lituano, maltés, neerlandés, polaco, portugués, rumano, serbocroata y sueco.

Nunca imperio alguno tuvo consideración tan delicada con las lenguas de sus administrados, y esto es, no lo dudemos, un bien para el respeto y la convivencia.

Pero tiene sus inconvenientes. El número de combinaciones de traducción simultánea posible es el resultado de multiplicar el número de lenguas, que son veinticuatro, por el mismo número menos uno. Obtenemos así 552 combinaciones, que son las necesidades en traductores-intérpretes simultáneos. En una reunión de veinticuatro jefes de estado o representantes tendrían que estar pendientes de lo que dicen y traducirlo de inmediato y a la vez quinientos cincuenta y dos intérpretes.

La Unión Europea cuenta hoy con unos tres mil quinientos especialistas. ¿Qué presupuesto lo soporta? ¿Cómo gestionar la burocracia? ¿Cómo establecer los protocolos?

La Unión Europea se manifiesta firme partidaria de la enseñanza y aprendizaje de idiomas como medio para potenciar la comprensión mutua entre los europeos, pero es imposible estudiar los veinticuatro idiomas. Y también financia y promueve proyectos destinados a proteger y fomentar las lenguas regionales y minoritarias.

Se ha fijado, además, el ambicioso empeño de conseguir que el mayor número de europeos sea capaz de hablar dos idiomas además del propio, pero no dice nada acerca de las necesidades que lo justifican. ¿Y cuáles elijo? ¿Y qué haré con ellos? ¿Aprendo checo en una estancia erasmus y luego lo guardo en el cajón para siempre? ¿Me esfuerzo para ir de vez en cuando al país para practicarlo con los comerciantes? Las lenguas no se aprenden porque sí, se aprenden cuando se necesitan.

Los de la Unión Europea tienen derecho a expresarse en su propio idioma, pero en la práctica la lengua vehicular europea, no nos engañemos, es el inglés. Lo diré de manera transparente: Europa potencia la babelización, los europeos tienden a la unión con el uso de código más útil a su alcance, el inglés.

3. TENDENCIAS NATURALES DE LAS LENGUAS

Tenemos claro, sin embargo, en una mirada al pasado, que las políticas lingüísticas han sido raras o inexistentes. Los gobiernos no imponen una lengua a sus administrados. Son los usuarios quienes se hacen, sin voluntad específica, sin esfuerzo señalado, con la más útil.

Las lenguas fuertes han eclipsado a las débiles, que han ido muriendo sin piedad como los guerreros en las batallas, las especies en medios hostiles y los paisajes en los cambios climáticos.

El hablante busca de manera natural los instrumentos que necesita para la comunicación, y se apropia de ellos. Así, en una familia cuyos progenitores tienen lenguas propias distintas, los hijos son ambilingües. En una comunidad integrada, los ciudadanos manejan con la misma habilidad dos lenguas. Y en un mundo globalizado, los hablantes plurilingües, sin que gobierno alguno lo imponga, eligen una lengua vehicular útil. Nuestros antepasados eligieron el francés en los siglos XVIII y XIX; al árabe en la Edad Media; el latín en el imperio romano.

Tan cierto es que las lenguas identifican a los individuos con su grupo como que no ganan adeptos por imposición, pero sí con la libre elección.

Los hablantes de suajili son más de ochenta millones, pero solo unos tres lo tienen como lengua familiar. Nadie lo ha impuesto, pero es necesario.

Lo irracional es que las autoridades de una región otorguen la categoría de lengua vehicular a una lengua que carece de hablantes monolingües. La decisión, tan en contra de la evolución natural, solo puede conducir al fracaso.

Las lenguas están al servicio de los hablantes y deben protegerse, pero no mantenerse artificialmente infladas, en existencia asistida. Debemos procurarle, eso sí, protección.

EPÍLOGO

Europa intenta caminar hacia la unidad en busca de una lengua común sin menospreciar a las lenguas minoritarias, ni siquiera a las lenguas muy minoritarias como el mirandés, especie de asturiano hablado en la localidad portuguesa de Miranda del Duero, o el aranés, lengua del Valle de Arán en los Pirineos. Ninguna de las dos supera, tal vez, los cinco mil hablantes, pero figuran entre las protegidas. Y eso es un bien para las lenguas y para sus hablantes.

Los europeos podríamos entendernos con una lengua común, con mil intérpretes, o con los trabalenguas de siempre, pero nunca la diversidad fue una dificultad para el entendimiento cuando se hizo necesario entenderse. Hay trabas mayores.

Nos cuesta creer que es tan fácil aprender a hablar una lengua cuando se necesita, como difícil hacerse con ella sin necesidad o por imposición porque las lenguas ni se imponen, aunque se pretendan imponer, ni se asimilan, aunque se obligue a hacerlo. Fluyen dóciles cuando las necesitamos y se adormecen cuando no hacen falta.

La humanidad ha adaptado las lenguas a sus proyectos, y lo seguirá haciendo con toda naturalidad, y difícilmente se pondrá freno a una idea, a un plan, a un deseo por la ausencia del adecuado instrumento de comunicación.

En respuesta a las preguntas que iniciaban esta comunicación diré que si alguna lengua puede unificar Europa esa es el inglés. En nada va a influir que Inglaterra haya renunciado a ser socio del club. ¿Habría que imponerla como lengua vehicular? No hace falta. Las lenguas fluyen solas. ¿Podría servir el latín o el esperanto? Tampoco parece factible porque las lenguas han de seguir cauces naturales, y esas no los siguen.

Deduzco, porque las lenguas son códigos y no personas, que la mejor política lingüística es la ausencia de políticas lingüísticas. Dejar que fluyan las lenguas y el entendimiento, que cada cual use y proyecte la que más se acomode a sus necesidades, sin menospreciar ni marginar a la lengua que el vecino, con razón o sin razón, considere más conveniente elegir en cada momento.